

Jesús Hoy / Palabra de Vida

Resucitó de veras mi amor y mi esperanza

La Resurrección de Jesús

Pbro. Juan Eduardo Vargas Flores

El testimonio de la Escritura

“Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó la voz y les dijo: Judíos y habitantes todos de Jerusalén: Que les quede esto bien claro y presten atención a mis palabras...: a Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado por Dios entre ustedes con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre ustedes, como ustedes mismos saben, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, ustedes lo mataron clavándolo en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios lo resucitó librándolo de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio” (Hechos 2,14.22-24).

Éste es uno de los testimonios que la Sagrada Escritura nos presenta para referirse al acontecimiento más importante de la fe cristiana: La resurrección del Señor Jesús. Afirmar la resurrección del Señor Jesús, y creer en ella, constituye el núcleo de toda nuestra vida cristiana. Gracias a la resurrección tiene pleno sentido la entrega total al cumplimiento de todo lo que nos exige nuestra fe y también por ella recibimos, como en arras, la esperanza de que un día será transformada nuestra realidad humana en todo lo que de corruptible y mortal se le conoce y será revestida del esplendor y de la gloria que tanto anhelamos, quedando aniquilada toda corrupción y muerte para cada uno de nosotros. San Pablo ha llegado a sostener la vital importancia de la resurrección con estas palabras: “Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también nuestra fe (1 Cor 15,13).”

La resurrección de Jesús nos asegura que en verdad vivimos ya en la nueva condición de hijos, liberados por la sangre de Hijo que se entregó al Padre por nuestro rescate, y con ello nos obtuvo el perdón de nuestros pecados, concediéndonos así la nueva vida, la vida según el Espíritu, que desde aquél momento se nos ha concedido.

Su triunfo es nuestro triunfo

Reflexionemos ahora sobre cómo la resurrección de Jesús conlleva una plenitud de beneficios (redención, salvación) a todos los que hemos nacido de la descendencia de Abraham, y no me refiero en modo exclusivo al pueblo de Israel sino a todos los que hemos nacido del linaje de Adán porque formamos la gran familia humana. Ciertamente quien vive en el conocimiento y la fe de este gran acontecimiento de salvación, goza de él en su mayor plenitud, pero esto no quiere decir que el Señor Jesús haya resucitado para unos cuantos. A este respecto la Sagrada Escritura en los pasajes del evangelio donde se narra la Última Cena afirma que Él derrama su sangre “por muchos”, y esta expresión griega significa “por todos”. Sí, a todos nos ha rescatado y para nueva vida de todos ha resucitado.

Haremos bien en recordar que la resurrección del Señor Jesús alcanza a toda la “descendencia de Abraham”, o, con los términos usados por la carta a los Hebreos diremos que la resurrección de Cristo, en cuanto que “*teleiosis*” (plenitud, perfección, vida transformada según el Espíritu) de Cristo, se constituye también en una *teleiosis* para el hombre, en su plenitud, perfección y vida según el Espíritu, es decir, la novedad del hombre Jesucristo resucitado, nos otorga la esperanza de la completa novedad para

cada uno de nosotros. Con ello abordamos un aspecto esencial de la Resurrección: su valor salvífico.

La resurrección de Jesús como primicia

Este valor salvífico (carácter *soteriológico*) de la resurrección del Señor Jesús ha sido muy bien expresado por san Pablo con una fórmula que merece nuestra atenta consideración: el término primicias (*aparché*, en griego: 1 Cor 15,20 y 23) significa que por un hombre ha venido la resurrección de los muertos y que en Cristo serán llevados todos a la vida. Quiero resaltar el hecho de que todos seremos llevados a la vida por la resurrección de Cristo que se considera como primicia de la resurrección de todos nosotros. Así se entiende la universalidad de la obra salvífica del Señor Jesús.

El término griego está tomado del lenguaje del ambiente del culto: la ofrenda de la primera parte de la cosecha (que los judíos llamaban *aparché*) significaba, al mismo tiempo, la ofrenda de toda la cosecha; asimismo, la ofrenda de los primogénitos significaba la ofrenda de todo el rebaño, y la de una parte de la masa o de la copa significaba la ofrenda de todo el banquete.

Lo específico del término paulino será, sin embargo, la siguiente inversión del concepto: las primicias no se refieren al don del hombre a los dioses (como era su uso veterotestamentario y religioso en general) sino al don de Dios al hombre. De este modo se entienden las palabras de Pablo en su carta a los Romanos (8,23): “tenemos las primicias del Espíritu”, quiere decir que al espíritu lo tendremos todos (cf. vv. 18-25). Y así llegamos al texto en el que Jesús Resucitado es “primicia de los que duermen”, es decir: el don de la resurrección de todos los muertos. Él es don en promesa y don en realidad. Para Pablo la inversión del concepto comporta además lo siguiente: *Jesús no resucitó porque todos resucitaremos sino al revés, todos resucitaremos porque Cristo ya ha resucitado.*

La Resurrección de Jesús no sólo “representa” (como ficción teatral o cabeza jurídica) a todas las resurrecciones, sino que las precede y las garantiza, es decir, abre el futuro en cuanto simple tiempo por llegar, porque desencadena un movimiento de vida nueva en este mundo. Lo definitivo se ha hecho futuro y la utopía se ha hecho realidad, aunque parcial pero es ya una verdadera realidad. Por eso Cristo, al resucitar, se hace “primogénito”: en la terminología antigua lo característico del primogénito es el que “abre el seno”, él abre pues las puertas a todo hombre para la resurrección.

Por lo tanto en Él y por Él tenemos la esperanza de la resurrección nuestra. Porque Cristo, el Señor Jesús, ha resucitado, nosotros creemos en que seremos resucitados juntamente con él. Y nuestra resurrección será una obra toda ella que nace del misterio de Cristo en su Pascua.

La liberación del pecado, de la ley, y de la muerte

El valor salvífico de la resurrección de Jesús nos lleva a considerar un poco más de cerca el contenido de esa humanidad nueva, aparecida en el Resucitado y en germen gracias a Él, en el seno de la vieja humanidad. Es san Pablo de nuevo quien nos ayuda a comprender los efectos de la liberación total que nos ha otorgado la resurrección de Cristo. Desde la Resurrección de Cristo y gracias a todo su misterio pascual, la humanidad entera, y todo hombre en particular, ha entrado en la posesión de una triple liberación: la del pecado, la de la ley y la de la muerte.

Cristo mismo, por su resurrección, nos ha otorgado la libertad de todo aquello que constituía el motivo de nuestra gran tragedia espiritual y humana. Él, por su resurrección nos ha liberado del pecado, de la ley y de la muerte. Veremos el próximo

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 18 (2005)

número paso a paso cuáles son las implicaciones de la triple liberación que nos ha adquirido Cristo.